



Sentires en lengua materna

ELECTIVO LINGÜÍSTICA FEMINISTA USACH

Nota Preliminar

Estos textos son resultado de cinco meses en el electivo de Lingüística Feminista, que imparto en la Universidad de Santiago de Chile a alumnas y alumnos que están en el octavo semestre de Pedagogía en Castellano; sin embargo, nos conocemos hace más tiempo, pues hemos coincidido en otras asignaturas. Por eso, llevamos sosteniendo una relación educativa hace algunos años, los que han sido suficientes para acercarnos a profundizar en nosotras mismas y nosotros mismos, así como en aquellas ideas que abren horizontes y no cierran fronteras. En lo personal, ellas y ellos me han enseñado el sentido genuino de mi práctica como profesora, entendiendo cada vez más y mejor que hacer clases es estar en relación, permitiendo que la autoridad de augere[1] circule y los aprendizajes se realicen en reciprocidad, con empatía, libertad y confianza, ¿puede ser de otro modo?

Estos escritos nacen de la experiencia de profesoras y profesores en formación, de esa experiencia que solo puede ser dicha en Lengua Materna, que es la lengua completa, y la aprendemos de la madre, o de quien esté en su lugar, en la primerísima infancia, incluso antes, en la vida intrauterina[2]. Las palabras de cada una y de cada uno han sido fraguadas bajo la luz de un fuego que ha entibiado nuestras conversaciones en el aula. Lo hemos puesto en el centro y lo hemos rodeado, mirándonos a los ojos y abriendo la escucha a las voces de las otras y de los otros.

Cada una de estas voces ha traído un tesoro para convidar, y nos hemos dejado tocar por él. Son textos inspirados, honestos, valientes y pensantes, de ese pensamiento original (¿es posible otro?), porque solo puede ser dicho con palabras originarias, descifrando el sentir de cada una y de cada uno[3]. De manera natural, hemos esquivado la violencia hermenéutica universitaria[4] y los barrotes mentales que coloca la academencia[5], sin desgastarnos en lucha dialéctica alguna, porque “las herramientas del amo no desmontarán nunca la casa del amo”[6].

[1]Augere, del latín, ‘hacer crecer’, ‘acrecentar’.

[2]El libro clave es El orden simbólico de la madre, de la filósofa del lenguaje y pensadora de la diferencia sexual, Luisa Muraro.

[3]La filósofa María Zambrano dice que pensar es descifrar lo que se siente.

[4]Este concepto ha sido acuñado por la pensadora de la diferencia sexual María-Milagros Rivera Garretas.

[5]Término acuñado por la filósofa y feminista radical Mary Daly.

[6]De la poeta, feminista radical y lesbiana, Audre Lorde.

**ANDREA FRANULIC DEPIX
DICIEMBRE DE 2022.**

Índice

- 1 | Cabrera, Cristian | Aprender a no hablar.
- 2-3 | Donoso, Matías | Entregando mi silencio a otro como yo.
- 4 | Echeverría, Sofía | Palabra, escritura y poesía en el transcurso de mi vida.
- 5-7 | Elgueta, Katalina | El bosque de las frutas.
- 8 | Gabriel Gálvez | Mi madre, mi abuela y su madre.
- 9 | Leiva, Jazmíne | Regreso a Casa.
- 10 | Woolf Virginia | Profesiones para la mujer.
- 11 | Tapia, Fabián | Sentir es resistir.
- 12 | González Camila | Agradecimientos.



APRENDER A NO HABLAR

POR CRISTIAN CABRERA HUERTA

"Yapo hijo, dígame algo a los tíos", "vaya a conversar allá un rato con sus primas", me decían de chico cuando llegaban familiares, no porque yo tuviera ganas de hablarles, sino porque llevaba tanto tiempo callado que les preocupaba no sé qué cosa, que se me hubiera olvidado hablar, que me cayeran mal o, tal vez, algo más que nunca me dijeron.

De chico adopté la costumbre de hablar muy poco, no sé cuándo o quizás está desde siempre, hablaba poco, lo compensaba escuchando mucho, porque tenía que balancear lo que tenía a mi alrededor, más de alguien cumplía la función histriónica y expresiva, no podíamos ser todos así, tampoco me sentía cómodo siendo muy conversador las pocas veces que traté, en cambio hablar poco me acomodaba bastante, no tenía la responsabilidad de verbalizar todo lo que pensaba, podía relacionarme de otra forma con los demás, jugando, a la pelota por ejemplo, sin necesidad de la palabra.

Terminé la básica y la media, van cuatro años de universidad y la cosa nunca cambió: "profe, él quiere hablar", me dicen para molestarme. "¿No quiere decir nada usted?", me preguntaba el o la profesora, negaba con la cabeza. Sigo sin hablar en clase, ya ni sé si es vergüenza, falta de confianza, flojera, todas o ninguna, pero mucho no me importa, solo a veces pienso en momentos en los que me gustaría haber hablado y que no lo hice.

Tampoco me importa que me molesten por hablar poco o nada, me parece agradable porque demuestra que hay un grado de confianza y cercanía para tomarlo como una burla sin más y no sentir que estoy siendo juzgado por otros, así les puedo seguir el juego, y reírme porque soy

consciente de aquello, y que me lo recuerden por medio de bromas, me hace gracia.

Me han dicho muchas cosas por ser como soy, pero son palabras que van y vienen, ninguna me ha marcado para mal, que soy desapegado, que si acaso "soy autista", que soy descariñado, que si no quiero a tal o cual persona, al final uno no puede hacerse cargo de lo que los demás dicen sobre uno. Las cosas positivas sí me las guardo, ahora no recuerdo ninguna en específico, y las valoro bastante, porque aunque no las vea como un refuerzo para seguir siendo como soy, dudo que pueda cambiarlo y tampoco es que quiera en realidad, me hacen ver que solo depende de estar en el lugar correcto para sentirme cómodo.

Lo único que podría llegar a preocuparme es sentir que pierdo cierto control sobre el silencio, que estoy callando más de lo que me permito, porque no estoy de acuerdo con la idea del silencio como derrota, jamás lo he visto así porque creo que es una herramienta válida y una forma de ser también válida, quizás el día que calle más de lo que quiero, cambie mi forma de pensar, pero no ha pasado en poco más de 20 años, así que estoy tranquilo.

POR MATIAS DONOSO (Y LUCAS ARIAS)



Entregando mi silencio a otro como yo

“Nada tienen de especial, dos hombres que se dan la mano. Un par de versos más y empieza un amor por ocultar. Aunque en cueros, no hay donde esconderlo.”

Es la canción que se me viene a la mente al escribir sobre mi experiencia con el silencio y cómo esto lo vinculo a mi orientación sexual. Esta canción que para mí tuvo gran significado, porque fue la primera que escuché retratar un amor diferente, pero que, lamentablemente, en muchas ocasiones ha sido utilizada como burla. La burla, algo tan recurrente cuando eres homosexual. Lo disfrazan de amistad, cuando salen a pasear por la ciudad, continúa la canción. Aquí me detengo, ya que para mí, el silencio ha ido más allá de no decir ciertas cosas, sino también en las acciones. Ha sido adoptar un disfraz y ocultarse por miedo. Esto lo conecto con Audre Lorde, quien me inspiró con su discurso, ella menciona que “Los motivos del silencio están teñidos con los miedos de cada cual; miedo al desprecio, a la censura, a la crítica, o al reconocimiento, al reto, a la aniquilación”. Entonces pienso en mis silencios y en los tuyos, en los miedos que nos han afectado, a ti, que te tengo al lado mío, y a mí. Sí, escribo esto junto a quien me ha acompañado, apoyado, y ayudado a esquivar el silencio

.Recuerdo mis primeros silencios, esos que venían del miedo cuando no quería decir lo que me sucedía, porque había escuchado cosas malas de los maricones. Recuerdo las noches de llantos, una vez más, en silencio, ahogados, con la almohada en la cara. Recuerdo también que, cuando ya

no daba más, cuando estaba ahogado de palabras, intenté escribir una carta para zafarme de ese silencio al no poder decirlo con la voz. No supe cómo usar mi voz y también desconfié de mis palabras, porque al rato boté la carta y continué callado. Con eso entendí que el silencio no estaba solo en los sonidos. Vuelvo a interpelar a Lorde cuando dice: “mientras aguardamos en silencio a que al fin se nos conceda el lujo de perder el miedo, el peso del silencio va ahogando”, a mí el silencio me estaba matando. Tiempo después logré decirlo, lo cual fue la experiencia más liberadora de toda mi vida. Sin embargo, cuando pensé haber vencido al silencio me di cuenta de que el miedo hacía que perdurara el silencio en mí. Incluso estando con otras personas, incluso cuando creí haber conocido el amor, seguía coartando el miedo porque esa persona temía darme la mano, darme un beso en la calle y, finalmente, llegaste tú.

Borramos el silencio al juntar nuestras manos en la calle, al ceder ante el impulso de un beso, al no borrar nuestro sexo, eligiendo no utilizar un pseudo genérico ante la pregunta: ¿de quién estás enamorado? Tú no eres mi pareja, eres mi pololo. Así nos denominamos como lo que somos: el uno para el otro.

Cuando Audre dice: "la transformación del silencio en palabras y obras es un proceso de autorrevelación y, como tal, siempre parece plagado de peligros". Me sumo a sus ideas y reflexiono sobre los peligros, esos que surgen del miedo. Esos que comparten nuestras familias, nuestras mamás, que temen que no volvamos algún día, que nos pase algo en la calle, porque la gente está muy mala. Tienen miedo, miedo a que nos griten algo en la calle, lo que no saben es que ya nos ha pasado, tienen miedo a que utilicemos ciertas prendas. Yo también tengo miedo, ambos lo tenemos. Tengo miedo torero decimos y reímos. Existe miedo aún, el peor de todos ellos: miedo de que te pase algo a ti.

Pero ¿servirá de algo vivir con miedo siempre?, ¿vivir siempre en el silencio? Audre Lorde dijo: "Mis silencios no me habían protegido";, por eso, digo que podemos quedarnos en el silencio y no por eso vamos a sufrir menos, es mejor elegir hablar y gritar la verdad, porque se es libre de esta manera. Un día nos llegará el silencio definitivo y nos podríamos arrepentir de haber elegido una vida dentro de la jaula. El silencio se puede combatir de muchas formas, yo aprendí a terminar de vencerlo junto a ti, quien me ha enseñado lo que es vivir el amor en libertad.

AUDRE LORDE

1934-1992



Audre Lorde fue una increíble escritora de ascendencia afrocaribeña que luchó fehacientemente por los derechos de las mujeres negras y lesbianas, quien además se autodenominó "una guerrera poeta feminista negra y lesbiana". Nació en un barrio de New York el 18 de febrero de 1934, estudió bibliotecología y dedicó su vida a la escritura. Uno de sus textos más conocidos es *La hermana, la extranjera* (1984) que consiste en la recopilación de diversos ensayos feministas.

Palabra, escritura y poesía en el transcurso de mi vida

POR SOFÍA ECHEVERRÍA LÓPEZ

Si hace unas semanas me hubiesen preguntado si escribo poesía habría dicho de manera tajante que no. Habría dicho, quizás, que de vez en cuando escribo cosas, cosas que no son poesía, porque los poemas son importantes, grandilocuentes, precisos y están pensando para publicarse, su medida de éxito está en la cantidad de gente por la que llegan a ser leídos y la opinión que articulan sobre ellos los expertos en la materia. Ahora, si bien podría responderle lo mismo a una persona en quien no confío, he estado reflexionando sobre si esos escritos pudieran considerarse poesía, más allá de que, evidentemente, siempre han tenido forma de poema, y como escribir es para mí una forma de conectar con mis ideas, decidí plasmar esas reflexiones aquí.

Mi abuela alguna vez me dijo que yo empecé a escribir y a leer antes de efectivamente aprender a escribir y a leer. Me contó que, cuando era niña, me aprendía los cuentos que ella me leía de memoria, y después tomaba el libro, muchas veces al revés, y se lo contaba fingiendo que lo estaba leyendo. Me contó también que llenaba hojas y hojas de aparentes garabatos que, según yo, eran toda clase de textos importantes; escribía cuentos, recetas, canciones, pócimas, instructivos, entre otros. Así que, no era de extrañar, que cuando efectivamente aprendí a escribir, en español y no en mi idioma de garabatos inventados, lo hiciera todo el tiempo.

Las palabras y yo siempre tuvimos una relación complicada. Porque después de esa primera infancia, en donde, casi como si fuera un mono de feria, mi mamá biológica presumía a todo el mundo lo rápido que había aprendido a escribir, hablar y leer, llegaron los comentarios de que era imposible hacerme callar, y sobre cómo las niñas de la familia siempre habían salido demasiado conversadoras. No importaba como lo expresaran los adultos, siempre sonaba como insulto.

Por alguna razón, eso nunca logró callarme del todo, al revés, mientras crecía me fui refugiando en mis palabras y en mi mente, como si fuesen un arma y un lugar seguro.

“Es probable que, si no me hubiese ido encontrando poco a poco con las ideas de la lengua materna y la diferencia sexual, si hubiese sido abogada como quería mi mamá, me hubiese quedado viviendo para siempre dentro de mi cabeza, olvidando el cuerpo y la emoción.”

De niña escribía más que nada cuentos, inspirados en las historias de fantasía que me contaba mi papá cuando jugábamos juntos a las hadas. En sus historias, él interpretaba a un personaje que me acompañaba en mis aventuras, se llamaba Polux y era un robot algo anticuado que se encargaba de crear las nuevas tecnologías del reino. Era el más inteligente de todos, pero no sabía expresar sus sentimientos, por lo que hacía muy buen equipo con la conversadora y estridente hadita de la flora y la fauna, interpretada por mí.



Ahora entiendo que esas historias eran como su poesía, porque lo ayudaban a expresar lo que no me podía decir con palabras. Ahora pienso en esos juegos y me doy cuenta de que quería enseñarme valores, advertirme que la vida era corta, y decirme que me amaba.

Cuando llegué a la adolescencia y me fui a vivir con él a Codegua, empecé a experimentar una cosa totalmente nueva para mí, formar vínculos de verdad. Conocí a mi mejor amiga, con la que actualmente vivo, y no tenía forma de expresarle cuánto la quería, porque estaba encandilada con lo mucho que la admiraba y porque confiar en alguien era una experiencia nueva para mí. Así que empecé a escribirle cosas. Cosas que a simple vista se podrían identificar como poemas, pero que jamás me atreví a llamar poemas.

Ahora entiendo que sí lo eran, como dice Audre Lorde, esas palabras me permitían concebir mis sentimientos y compartirlos. Pues para mí, ella es tantas cosas que no existe palabra individual que logre nombrarla y definirla, era entonces necesidad hacerlo mediante un conjunto de ellas, mediante una poesía.

Cuando entré a la universidad empecé a escribir cada vez menos, sin contar por supuesto los cientos y cientos de textos académicos. Pero aún así, cada cierto tiempo aparece un pensamiento en mi mente que no logro entender del todo, una duda, una idea borrosa, una emoción y tras escribirlo tímidamente, se ilumina. Esa necesidad, esa clarificación, vuelve a mis escritos, a mis cosas, poesía. Poesía, que funciona como una conversación conmigo misma, o como un regalo para alguien más. Poesía que me permite reconciliarme con mis palabras, usarlas, jugar con ellas y combinarlas de forma que realmente signifiquen algo. Poesía que me libera, que me permite decir fuerte y claro, lo que normalmente diría bajito, buscando que pase desapercibido.

EL BOSQUE DE LAS FRUTAS

POR KATALINA ELGUETA



EL BOSQUE DE LAS FRUTAS

Un tigre y un perro. Un tigre, un perro y una rata, luego un conejo y después otro.

Pero el primer conejo no se sentía a gusto con el perro, así que migró con la serpiente, quien le había ofrecido un lugar en su casa, solo que no era realmente una casa, no como las que el conejo conocía. No le ahogaban las paredes y todo alrededor era vida, flores y frutas que podría disfrutar todo el año, como quisiera, cuanto quisiera.

Lo que opinó el tigre ninguno de los conejos lo supo, la rata se escondía en su guarida y el perro se sentía culpable, pero nunca dijo nada. No podía hablar sin importar que tanto lo intentara, de su hocico oscuro solo salían ladridos rabiosos a los que el tigre respondía con rugidos aun más feroces. El conejo más pequeño, que era en realidad una coneja, solía escuchar a la distancia, rogándole a la rata que intentara morder las patas del perro, siempre el perro, solo de esa forma podría detenerse. El motivo no lo entendía, jamás lo había hecho, pero el tigre, que era más grande, siempre le decía que el problema era aquel otro animal que no podía hablar, que tampoco podía defenderse. Pero la rata nunca hacía nada hasta que un día tomando lo que necesitaba, desapareció. La pequeña coneja, ahora sola con el tigre y el perro, o sola, simplemente sola, buscaba a su par, al que había huido con la serpiente antes de que fuera capaz de recordar.

Un día, cansada de tratar inútilmente de hablar con la sombra que recorría el lugar cuando los animales más grandes no estaban, miró hacia afuera del cerco que la retenía y vio a la serpiente recorriendo sus dominios con parsimonia. Cortando flores y recogiendo frutos, tarareando una canción casi tan antigua como el tiempo. Sin poder evitarlo se levantó en dos patas y aguzó el oído, pero no podía entender las palabras, estaban en su mismo idioma, pero no era capaz de darles un sentido.

—Pequeña, si vas a cruzar hazlo. Esta vieja serpiente tiene todo el tiempo del mundo para escucharte y para hablarte, si estás dispuesta a prestar oído.

—¿El otro conejo?, ¿dónde está? —sus patitas habían alcanzado los alambres que se entrecruzaban para formar el cerco.

—Tu hermano está en el otro extremo, usando sus dientes para cortar madera para el invierno.

La serpiente se había alzado solo un poco, pero la coneja no le temía, la conocía desde siempre, el conejo mayor, su hermano, siempre le había hecho compartir tiempo con ella. Pero nunca, nunca, se había atrevido a ir a sus dominios por su cuenta. Lo pensó solo un par de segundos. No había nada que le retuviera en su lugar, solo silencio y una sombra. La serpiente, en cambio, tenía en los bolsillos de su delantal unos frutos de lo más tentadores. Con un salto ágil cruzó el cerco y dando pequeños saltitos se acercó, olfateando el aire lleno de fragancias que no conocía en realidad, podía identificar la humedad y el pasto bajo sus patas, el aroma suave de la madera del árbol sobre su cabeza, pero a lo demás no podía darle un nombre.

—Muy bien, está decidido entonces. Como puedes saltar y tienes patas, me ayudarás a recoger la fruta de este sector. Pero primero ¿tienes hambre?

La coneja asintió un par de veces.

—Ten, tres nísperos y tres damascos deberían ser suficientes para ti.

En sus patas recibió la fruta amarilla, ambas iguales en su entendimiento. Era curiosa, lo había aprendido del tigre.

—¿Cuál es el níspero y cual es el damasco? Preguntó mientras le seguía el ritmo.

—El de piel suave, con pelillos, es un damasco. Crece en ese árbol de hojas redondas de por allá —indicó con su cola—. El níspero es algo más claro, tiene más pepas y crece en ese árbol de hojas alargadas y oscuras que está ahí. No sabes mucho sobre frutas para ser un conejo, ¿la tigresa no te ha enseñado estas cosas?

—¿La tigresa? Uhm, me ha enseñado matemáticas, a leer y a escribir, también sobre la ciencia del cuerpo y algo sobre...

—¿Puedes decirme cómo se llama esto?

Se había detenido y, frente al rostro de la coneja, sostenía una flor de un morado tan oscuro que casi podría haberse confundido con negro y sobre aquellos pétalos una capa de un color que ella conocía muy bien.

—¿Fucsia?

—¿El color o la flor?

—El color.

—¿y la flor?

Apretó las frutas, los damascos y los nísperos, contra su pecho. Miró en todas direcciones en busca de alguna respuesta, pero sabía que era imposible enterarse de algo como eso de la nada. Apenada bajó el rostro.

—No lo sé.

—Pendientes de reina.

La voz de la serpiente era tranquila y armoniosa, no se había molestado con ella por no saber lo que estaba diciendo.

—Pendientes de reina —repitió.

La serpiente se dio media vuelta y continuó con su camino, esta vez un poco más rápido.

—Esa de allá es una rosa, esa una cala, un lirio, una azalea, alegrías del hogar, violetas, cardenales y rayitos de sol.

Iba indicando a medida que avanzaban y el conejo iba tomando notas mentales sobre los nombres, sobre todas las plantas que antes eran solo plantas y ahora no.

—¡Serpiente!

La voz conocida del conejo mayor llamó la atención del par. Se acercaba a rápidos saltos entre el follaje.

—Serpiente, terminé de cortar los pinos y podar las parras. Solo falta quitar los olmos y apuntalar los nogales.

El conejo menor, que no había visto a su hermano desde hacía mucho tiempo le miró con sorpresa. ¿Cómo sabía todas esas cosas que para ella no significaban nada?

—¡Ah!, tú también cruzaste el cerco.

Había sorpresa y alegría en su voz.

—Así es, esta pequeña individuo estará con nosotros, pero no siempre. Puedes venir siempre que quieras, por todo día si lo consideras necesario, pero no puedes quedarte. Tu lugar está de ese lado.

—¿De verdad puedo venir cada vez que quiera?

—Cada vez que quieras.

Una serpiente en un bosque, una serpiente y un conejo y después otro. Mejor dicho, otra. Tardes entre rosas, lirios y calas, sembrando tomates, ciruelas y manzanas, recogiendo yuyo, podando ligustrinas y comiendo bayas.



ADRIENNE RICH

Adrienne Cecile Rich, poeta, ensayista y activista feminista estadounidense, nacida el 16 de mayo de 1929, fue, y aún es, una de las escritoras más influyentes del movimiento feminista. Numerosamente galardonada por su producción literaria y no literaria, entre una de sus obras más relevantes destaca *Nacemos de mujer* (1976), una investigación en donde la autora reflexiona sobre la maternidad bajo el patriarcado.



“ Yo soy la mente viva que no
lograste describir
en tu lengua muerta
el nombre perdido, el verbo
que sobrevive
solo en infinitivo
las letras de mi nombre
están escritas bajo los
párpados
de la criatura recién
nacida ”

Mi madre, mi abuela y su madre

POR GABRIEL GÁLVEZ

Desde niño siempre me percaté de la poca relación existente entre mi madre y mi abuela, y bueno, además de eso, la nula relación de mi abuela y su madre adoptiva. Como no lo mencioné antes, lo hago ahora, y es que mi abuela nunca conoció a su madre, ya que se lanzó a los trenes por no querer

criarla, o eso dicen. Sinceramente, yo creo que puede ser así, pero también siento que a la vez no, me explico: ella vivía en el sur (nunca me han contado bien la historia, así que lo poco que sé lo transmito) y el padre de mi abuela era malo con ella, hasta el punto de llegar a ultrajarla y obligarla a tener un bebé. A mi parecer, veo difícil la posibilidad de llegar a querer lo que es el producto de un acto violento, no deseado, que te recuerda los traumas que tuviste que pasar. Está de más decir que la sociedad, en el sur de Chile, es de lo más falocentrista que existe, guiándose por tradiciones donde la mujer no posee el mismo valor como ser humano que el hombre, hasta el día de hoy.

En síntesis, a mi abuela la encontraron al lado de las vías del tren y fue adoptada por una pariente de ellos, que se convirtió en su madre, quien siempre fue estricta y la hizo partícipe de las conductas patriarcales que fueron legando de generación en generación dentro de la familia. Mi abuela, al no poseer la sangre del casamiento, siempre fue discriminada por sus hermanos, sí, solo hombres, quienes la criticaban por vivir su sexualidad y tener actitudes que ellos libremente podían tener, siempre juzgándola, generando un acoso a lo largo de su vida que la hizo cortar las conexiones con la familia de manera definitiva. Lo "curioso" es que, en la actualidad, se ha sabido de varios casos de incesto dentro de la familia y de muchas otras atrocidades patriarcales que no quisiera contar, pero lo paradójico es que la mujer, a la que siempre criticaron, pudo formar una familia íntegra, de la que siempre se ha preocupado. Aun así, no le atribuyo todo este mérito a mi abuela, sino también a mi madre. Si bien el carácter de mi abuela siempre la ayudó a no permitir que la pasaran a llevar, mi abuela adoptó algunas características que le había enseñado su madre adoptiva, teniendo preferencia por el hombre antes que por la mujer, utilizando a la mujer como un instrumento.

Ella misma no pudo dejar al que es padre de mi tía (no es mi abuelo), quien la maltrataba y maltrataba a mi madre. Tras vivir tantos años bajo la sombra del patriarcado, la que rompió esta cadena fue mi madre, quien no permitió que los tratos y condiciones fálicas que habían sido transmitidas de generación en generación en la familia se replicaran en mi tía, en mí ni en mi hermana, replanteándose nociones básicas sobre los derechos femeninos y alzando una potencia y fuerza que no he visto comúnmente en esta sociedad.



A qué quiero llegar con todo esto, a que muchas veces culpé a mi bis-abuela o a mi abuela por hacerle vivir a mi mamá tantas cosas, permitiendo tamaños abusos por parte de los hombres, que se sentían con el derecho de transgredirlas sin aportar a sus vidas, hasta que conocí la lengua materna y el quebrantamiento que ha desarrollado el patriarcado en la relación madre-hija para beneficio propio, y logré darme cuenta de que ellas no eran las culpables de haber nacido y crecido en una sociedad que las vulneraba y adiestraba para seguir órdenes.

Para terminar quisiera resaltar la valentía de mi madre al romper la cadena, al entregarme una hermosa lengua materna y hacerme visible de problemáticas que no todos son capaces de ver, de hacer crecer a mi hermana en un entorno sano, libre de conceptos fálicos que la atrapen.

Me despido con la siguiente cita de Simone de Beauvoir (1974):

“ El patriarcado ha distorsionado la relación de la madre con la hija, porque la primera debe entregarla a una cultura que está definida por el varón, en donde la mujer es un ser inferior ”



REGRESO A CASA

POR JAZMÍNE LEIVA MACHUCA

Está oscurecido y el frío cala por mis huesos. Voy de regreso a casa y debo confesar que fue un día extremadamente agotador. ¿Un día? ¿Qué digo? Es jueves y todos los días han sido agotadores, definitivamente la semana de pruebas me pone al límite. Mientras voy pisando cada peldaño de la escalera del metro, voy pensando en todas las evaluaciones que tengo pendiente. Cada saltito de un escalón a otro significa una tarea por llegar a hacer a mi casa, y doy gracias cuando no quedan más peldaños por pisar porque, de lo contrario, pasaría la noche en vela estudiando. Una vez ya instalada en el vagón del metro, con sigilo arrastro mi mano por mi pantalón para alcanzar mi celular. Son las 18:40, eso quiere decir que aproximadamente a las 20:20 llegaré a casa. Lanzo un suspiro, me queda un viaje largo y me siento un poco agobiada, no sé si por todo lo que tengo pendiente, por la cantidad de personas que se agolpa en este pequeño espacio o porque a estas alturas del día la mascarilla me asfixia.

Miro a mi alrededor y recuerdo como eran mis viajes hace dos años atrás, cuando no existía el COVID. Siento que en realidad la situación no ha cambiado mucho, para mí sigue siendo el mismo metro a reventar a hora punta y los mismos pasajeros con posturas abatidas de regreso a casa. Recuerdo también que uno de mis pasatiempos de viaje, cuando era una ingenua universitaria de primer año, era intentar descubrir, solo por la expresión de su rostro, qué clase de vida tendrían las personas de mi alrededor. La mayoría de las veces siempre encontraba rasgos comunes en todas las caras y me detenía por minutos a observar esa panorámica: cómo las comisuras de sus labios formaban una sonrisa apagada, como si dos hilos invisibles tiraran de sus esquinas y curvaran sus labios tristemente hacia abajo.

A partir de esa expresión surgían en mi mente miles de preguntas sin respuesta: ¿por qué estarían tristes?, ¿les habría ocurrido un evento desafortunado durante el día? ¿cambiarían esa mueca al llegar a casa? Yo pensaba en mi hogar, en llegar a tomarme un tecito caliente en compañía de mi mamá y automáticamente mis labios se ensanchaban alegremente. Tal vez ellos igual cambiarían su horrible mueca al llegar a casa, al ver a su familia, al saludar a sus mascotas, o simplemente al tirarse en la cama y obtener un poco de descanso.

Entre estas cavilaciones, me pregunté si las personas también llegarían a las mismas conclusiones al observar mi sonrisa y, por instinto, como en aquellos tiempos, llevé mis dedos a mi boca. La extraña textura áspera con la que se encontraron mis dedos me trajo de vuelta a la realidad. Me equivoqué con mi primera afirmación al decir que la situación no ha cambiado mucho, en realidad ha cambiado bastante y el solo hecho de ya no poder ver sus bocas por estar cubiertas con mascarillas, me lo confirmó.

Me dediqué entonces a mirar los ojos, por algo dicen que son las ventanas del alma y quizá también, mi nuevo pasatiempo de viaje. Estaba concentrada en las pequeñas arrugas y el destello débil de los ojos cafés de una mujer, cuando, de repente, me descubrió en mi cometido. De inmediato, mi rostro se enrojeció de vergüenza y me sentí como una criminal recién atrapada. Sin embargo, para mi sorpresa, sus ojos se achicaron y no fue necesario ver sus labios para saber que me estaba sonriendo, pues el brillo de su mirada, entre la delgada línea que quedaba visible, me indicó que me estaba sonriendo y mi boca, ajena a mí, le sonrió de vuelta con una auténtica felicidad reflejada en mis ojos. En seguida me sentí como en casa, cuando me siento a la mesa en compañía de mi mamá a tomarme un tecito y a entibiarme el corazón en estas noches frías después de un día agotador.

PROFESIONES PARA LA MUJER

(FRAGMENTO)

Ella era quien solía obstaculizar mi trabajo, metiéndose entre el papel y yo, cuando escribía reseñas de libros. Ella era quien me estorbaba, quien me hacía perder el tiempo, quien de tal manera me atormentaba que, al fin, la maté. Vosotras, que pertenecéis a una generación más joven y más feliz, quizá no hayáis oído hablar de esta mujer, quizá no sepáis el significado de mis palabras cuando me refiero al Ángel de la Casa. La describiré con la mayor brevedad posible. Era intensamente comprensiva. Era intensamente encantadora. Carecía totalmente de egoísmo. Destacaba en las difíciles artes de la vida familiar. Se sacrificaba a diario. Si había pollo para comer, se quedaba con el muslo; si había una corriente de aire, se sentaba en medio de ella; en resumen, estaba constituida de tal manera que jamás tenía una opinión o un deseo propios, sino que prefería adherirse a la opinión y al deseo de los demás. Huelga decir que, sobre todo, era pura. Se estimaba que su pureza constituía su principal belleza. Su mayor gracia eran sus rubores. En aquellos tiempos, los últimos de la reina Victoria, cada casa tenía su Ángel. Y, cuando comencé a escribir, me tropecé con él, ya en las primeras palabras. Proyectó sobre la página la sombra de sus alas, oí el susurro de sus faldas en el cuarto. Es decir, en el mismo instante en que tomé la pluma en la mano para reseñar la novela escrita por un hombre famoso, el Ángel se deslizó situándose a mi espalda, y murmuró: "Querida, eres una muchacha, escribes acerca de un libro escrito por un hombre. Sé comprensiva, sé tierna, halaga, engaña, emplea todas las artes y astucias de nuestro sexo. Jamás permitas que alguien sospeche que tienes ideas propias. Y, sobre todo, sé pura." Y el Ángel intentó guiar mi pluma. Y ahora os voy a contar el único hecho del que, en cierta medida, me enorgullezco, a pesar de que el mérito corresponde a algunos excelentes antepasados que me dejaron un poco de dinero -¿digamos quinientas libras anuales?-, por lo que no tenía necesidad alguna de depender exclusivamente de mi encanto para vivir.

Me volví hacia el Ángel y le eché las manos al cuello. Hice cuanto pude para matarlo. Mi excusa, en el caso de que me llevaran ante los tribunales de justicia, sería la legítima defensa. Si no lo hubiera matado, él me hubiera matado a mí. Hubiera arrancado el corazón de mis escritos. Sí, por cuanto, en el mismo momento en que puse la pluma sobre el papel, descubrí que ni siquiera la crítica de una novela se puede hacer, sin tener opiniones propias, sin expresar lo que se cree de verdad acerca de las relaciones humanas, de la moral y del sexo. Y, según el Ángel de la Casa, las mujeres no pueden tratar libre y abiertamente estas cuestiones. Deben servirse del encanto, de la conciliación, deben, dicho sea lisa y llanamente, decir mentiras, si quieren tener éxito. En consecuencia, siempre que me daba cuenta de la sombra de sus alas o de la luz de su aureola sobre el papel, cogía el tintero y lo arrojaba contra el Ángel de la Casa. Tardó en morir. Su naturaleza ficticia lo ayudó en gran manera. Es mucho más difícil matar a un fantasma que matar una realidad. Siempre regresaba furtivamente, cuando yo imaginaba que ya lo había liquidado. Pese a que me envanezco que por fin lo maté, debo decir que la lucha fue ardua, duró mucho tiempo, tiempo que yo hubiera podido dedicar a aprender gramática griega, o a vagar por el mundo en busca de aventuras. Pero fue una verdadera experiencia, una experiencia que tuvieron que vivir todas las escritoras de aquellos tiempos. Entonces, dar muerte al Ángel de la Casa formaba parte del trabajo de las escritoras.

***WOOLF, VIRGINIA. (1981). PROFESIONES PARA LA MUJER. EN V. WOOLF, LAS MUJERES Y LA LITERATURA (PP.67-74). ESPAÑA: EDITORIAL LUMEN.**

Virginia Woolf fue una lúcida y feminista escritora británica, nacida el 25 de enero de 1882. Se dedicó a la escritura de diversos géneros, como novelas, cuentos, obras de teatro y ensayos, siendo uno de los más importantes *Una habitación propia* (1929), que en la actualidad ha sido releído y redescubierto por el alza en el movimiento feminista.

VIRGINIA WOOLF



1882 - 1941

SENTIR ES RESISTIR

POR FABIÁN TAPIA BARRAZA

Yo no quiero que de mi madre me separen,
Pues su lengua es poderosa

Y todos ustedes, académicos castrosos lo saben,
Saben, que nuestra unión es hermosa.
Y también sienten que es un arma peligrosa
Porque el sentir más profundo trae a la vida
Esa forma de expresarse tan luminosa
Que para ustedes es tan desconocida
Y es de esa manera
Porque se obligaron a olvidarla
Porque reniegan de la Diosa Hera
Y nuestra misión siempre será recuperarla.
Lo que es yo jamás renunciaré
A la luz que mi madre me entrega día tras día

En pie de guerra yo estaré
Contra la academia y la hegemonía



Porque nunca entenderé
Eso de que mi sentir no vale
Frente al grupito de expertos estaré
Y demostraré que el goce vale.
No nos van a amedrentar
Con quitarnos prestigio
Porque no queremos calificar
Ni tampoco ser falsos prodigios
Mi madre no terminó los estudios formales,
Y me ha enseñado más que ustedes
El ser un hombre libre y consciente de los males
No como Hermes, el ladrón que les precede.
No quiero que de mi madre me separen
Ni perder la capacidad de sentir
Añoro que todas las personas conservaren
La gracia que tiene existir.

Agradecimientos

Gracias a todas y a todos quienes abrieron su corazón y nos hicieron parte de sus inquietudes, deseos, miedos y silencios al escribir estos textos.

Gracias a nuestras y nuestros futuros lectores por abrirse a la intimidad de otras y otros

Y también gracias a Andrea por enseñarnos a aprender y sentir en libertad, por guiarnos y permitirnos decirnos con nuestras propias palabras, nuestros propios sentires y nuestra propia experiencia.

CAMILA GONZÁLEZ

Edición

Camila González.

Sofía Echeverría

"Entre el saber de la experiencia y el conocimiento universitario, (...) hay (...) todavía una separación que, en la cultura occidental, es el resultado de someter el saber de la experiencia a un proceso de abstracción de la diferencia sexual, llevando la lengua materna a expresarse en un neutro que, en rigor, no existe en la historia de la especie humana". (María-Milagros Rivera Garretas).

